

LA PESETA

Murió don Serafín de Perea y Fidalgo, un viejo usurero de entrañas de cemento y garras de tigre y voló su espíritu, a través del espacio, en dirección al Cielo a donde había de ser juzgado.

Llegó de noche a los umbrales de la Gloria, y como San Pedro no suele abrir la puerta hasta las siete en punto de la mañana, el perverso don Serafín, protestando entre dientes, se tendió sobre el musgo, en espera del nuevo día.

Tomó asiento a su lado un señor de aspecto venerable que aparecía contristado y apenadísimo, y aunque don Serafín era hombre de pocas palabras, al ver a su vecino tan consternado, trabó con él conversación.

—¿Que es eso, buen amigo? Se acuerda usted de los de allá abajo ¿eh? También estoy yo que se me puede ahogar con un cabello. Figúrese usted haber logrado reunir cuatro milloncitos de duros y encontrarme aquí sin una sola peseta.

—No es eso solo lo que a mí me preocupa— contestó muy abatido el interpelado.—Es que he estado hablando con aquel angel que está allí, de guardia para impedir que las almas aporreen la puerta del Paraíso y, francamente, me ha metido el corazón en un puño.

—¿Y eso?

—Dice que aquí en la Gloria se hila muy delgado y aunque yo durante mi vida he procurado hacer todo el bien posible, temo que a última hora me den un disgusto.

—¡Hombre! ¿Ha hecho usted el bien y tiembla?

—Es que yo en la tierra he sido médico.

—¡Ah! Vamos, eso es ya otra cosa.

—Puede que sin querer...

—Comprendido.

—A los médicos no les pasan ninguna. ¿Ve usted aquel palacio inmenso en cuyo jardín hay millones de almas?

—Sí, señor, ¿qué es aquello, el Limbo?

—Es la mansión de los entretenidos. El Sumo Hacedor fija a cada criatura los años que ha de vivir y cuando algún médico, involuntariamente, mata a alguien, la pobre víctima entra en esa mansión y sigue viviendo en ella el tiempo que debió vivir en la tierra.

—Pues está el jardín que no caben.

—Sí, señor, somos terribles—suspiró el infeliz galeno.—¡Cuando yo le digo a usted que no las tengo todas conmigo!

Llegó el nuevo día, brilló el sol, sonaron siete campanadas, abrió San Pedro la gran puerta de oro y en confuso tropel penetraron las almas en el vestibulo de la Gloria.

Don Serafín Perea que era un «cuco» se quedó para el último.

—Cuando vayan a juzgarme—pensaba—estaré el Tribunal harto de «coles» y quién sabe si podré

pasar de contrabando. Aunque después de todo, yo no tengo un gran interés por entrar en la Gloria: no voy a estar en mi elemento.

Entre tanto San Pedro y San Juan iban seleccionando a las almas. Las que tenían en su cuenta corriente buena y malas acciones las apartaban para luego juzgarlas y a los que solo habían cometido malas obras, las enviaban sin más trámites a los profundísimos infiernos.

Llegó por fin el turno a nuestro don Serafín y como él había previsto, San Pedro y San Juan estaban verdaderamente cansados.

—Serafín de Perea—leyó San Pedro—usurero, avaro, ladrón, malísima persona. No ha hecho ni pensado nada bueno en su vida.

—Eso no es exacto—gritó don Serafín—. He hecho dos obras de caridad, las recuerdo perfectamente.

—Diga cuales fueron y así abreviaremos.

—El diez de Diciembre de 1901, di cincuenta céntimos para las familias de unos naufragos.

—Compruebe en el libro amigo San Juan.

—En efecto,—repuso San Juan—aquí está. Teniendo quince millones de pesetas, di a regañadientes dos misereros reales.

—Menos dá una piedra—murmuró don Serafín.

—Otra obra buena, pronto que tenemos prisa.

—En veinte de Febrero de 1913, di otros cincuenta céntimos para los damnificados por un terremoto.

—También es cierto—dijo San Juan después de haberlo confrontado.—Tenía veinte millones de pesetas y di cincuenta céntimos.

—Esas dos buenas obras, por su insignificancia, no pueden borrar toda una vida de raterías y desprecios—arguyó San Pedro.—Al infierno con él.

—No es posible, querido San Pedro. Con arreglo a lo legislado y puesto que tiene en su haber dos buenas acciones, hay que juzgarle.

—Pero hombre, si esto es de clavo pasado. Ha robado veinte millones de pesetas y ha dado una sola de limosna...

—Sí, es cierto, pero... la ley es ley.

—Caramba, se me ocurre una idea.

—¿A ver?

—Vamos a devolverle la peseta y que se vaya.

—Es una solución. ¡Si él se conforma!

—Ya lo creo—dijo don Serafín con ojos de codicia.

—Ea, pues tome usted su peseta y por ahí se va al infierno.

Y don Serafín de Perea, loco de júbilo, iba diciendo mientras rodaba a los abismos de Satán:

—Bueno, yo voy al infierno, pero cualquiera me quita a mí esta pesetilla.

PEDRO MUÑOZ-SECA



Jugábamos a prendas, estaba allí,
me tiró el pañuelo y perdí
y me tocó,
tres veces sí, tres veces no,
y aunque en la vida era que sí
yo en las prendas dije que no.

También perdí,
y le tocó;
decir que sí, decir que no,
y aunque en las prendas dijo que sí
siempre en la vida, decía que no
¡pobre de mí!

Y allí,
frívolamente se sonrió
y allí,
yo tristemente me sonreí,
y nadie supo lo que pasó,
que me mataban aquellos sí,
que me mataban aquellos nos.

M. G.

